

REFORMA SIGLO XXI

[DOMINGO 14 DE AGOSTO DE 2011] SEGUNDO CAPÍTULO DE LA NOVELA INÉDITA “ARROYO SECO”

■ ■ J. R. M. Ávila\*

La patrulla avanza sobre la terracería. Casi a vuelta de rueda se abre paso entre la oscuridad. El conductor, el más gordo de los uniformados, ni siquiera ha hecho el intento de encender las luces. Por un momento piensas que podrías oír la respiración de cada uno de ellos, pero es imposible porque cualquiera diría que tienen órdenes expresas de no respirar. Nadie pronuncia palabra alguna. Ni ellos, ni tú, ni ella.

Los policías que van atrás, de pie, no apartan la mirada de ustedes. Y no sólo eso, sino que les apuntan con armas de alto calibre como si la mujer o tú estuvieran en condiciones de escapar. Se cubren con pasamontañas. ¿Acaso olvidan que viste sus rostros mientras abusaban de ella?

El que va a tu lado se agacha para palpar el cuerpo de la mujer. “Déjala ya, güey. ¿No llenaste o qué?”, le reconviene el otro. “Espérate. Deja que vea algo”, dice el primero mientras pega una oreja al pecho desnudo de la joven, que hiede a sudores propios y ajenos y que a estas alturas parece haber envejecido. “¡Que la dejes, cabrón!” dice el otro dándole un golpe leve con la bota al que permanece agachado y reacciona diciendo: “Oh. Espérate, hombre. Ven, óyela, no le noto los latidos del corazón”. “¿Se estará muriendo o qué?”, dice el que ha permanecido de pie y ahora se agacha para cerciorarse. “No se está muriendo: no respira, parece que hace rato que ya no está viva”, es la respuesta.

Alarmados con la certeza de su muerte, se ponen de pie casi de un salto y golpean con las manos en el capacete de la patrulla. “¡Párate, güey, detente, ya no le des!”. Pero lo dicen con voz recatada, temerosos de que alguien los escuche en los alrededores. Y a pesar de que la patrulla va lenta, el conductor frena mucho

después de lo que quisieran los de atrás, una cuadra más adelante del lugar en que empezaron a armar el alboroto.

No alcanzas a distinguir dónde se encuentran. No se ven luminarias en los alrededores, no se nota el resplandor de la ciudad. La oscuridad es tan declarada que puedes ver el cielo plagado de estrellas. Los dos policías que viajan en la caja con lo que resta de la mujer y contigo, descienden apresurados, pero en silencio. “La mujer ya se nos enfrió”, dice uno en voz baja.

De repente, las voces de los cuatro policías se salen de quicio y horadan el silencio de la noche.



Laberinto

Autor de los libros “Ave Fénix”, “Relámpagos que fueron” “La Guerra Perdida”. Ha publicado en las revistas “Entorno”, “Política del Noreste”, “A Lápiz” de la UPN Unidad 19B de Guadalupe, N. L., “Reforma Siglo XXI” de la Preparatoria 3, “Polifonías” de la Preparatoria 9, “Entorno Universitario” de la Preparatoria 16, y “Conciencia Libre”. jrmavila@yahoo.com.mx

“¿Seguros de que está muerta?”, dice el jefe. “Seguros, ¿verdad, tú?”, dice uno. “Claro que sí, yo fui el que se dio cuenta primero”, dice una segunda voz. “¿Y si mejor la dejamos aquí?”, dice una tercera. Después ya no distingues cuál es cual porque se revuelven a fuerza de hablar en tropel.

“¿Cómo la vamos a dejar aquí? ¿Y qué hacemos con el bato? ¡Ese todavía no está muerto!”. “Si no nos lo echamos nos va a chingar”. “¿Tú crees que nos reconozca?”. “A lo mejor sí o a lo mejor no. Pero no podemos confiarnos en que esté asustado y no se atreva a hacerlo”. “Como sea, hagamos lo que hagamos con él, antes que pase otra cosa, tenemos qué deshacernos de ella”. “¿Pero, aquí?”. “No. Aquí estamos muy lejos de donde los recogimos”. “Es cierto, necesitamos deshacernos de ella, pero aquí es muy arriesgado”. “Sí, está demasiado cerca de mi casa”.

“Hay que hacerlo donde sea, pero pronto. ¿Qué tal si pasa algo y nos encuentran con ellos muertos?”. “Yo creo que lo mejor es llevarlos hasta donde los recogimos”. “No. Tiene que ser en un lugar en que no los encuentren tan fácil”. “Y, sobre todo, donde no nos hayan visto recogerlos y mucho menos pasar con ellos”.

“¿Y los otros tres, los que dejamos ir?”. Todo queda en silencio. Te incorporas con cautela para escuchar mejor, pero ya no hay voces. Tal vez no sepan qué decir. Tal vez no se decidan por alguna solución. Sólo percibes tu respiración y es lo que menos quisieras que notaran los guardianes de la ley. Sonríes al pensar ese nombre para ellos, pero no tienes ni una brizna de humor. Sólo un loco sonreiría en estas condiciones.

“Por lo pronto hay que ver qué hacemos con éstos”, decide el jefe, “de los otros ya nos encargaremos más adelante”. “Es cierto. Al cabo ya los conocemos y sabemos dónde viven”. “Y hasta dónde pueden llegar. Eso es lo que más debe preocuparnos”. “No debíamos haberlos soltado”. “Eso ya no tiene remedio: hay que dejarlo como está”.

La voz del conductor se deja reconocer por lo que dice: “Lejos de aquí, en Arroyo Seco, hay una rampa por la que puedo entrar con la patrulla porque pavimentaron con concreto para que el agua se encauzara en tiempo de lluvias, pero más adentro se

llega a un lugar en que ya no está...”. Los pasos de los policías se alejan. Uno de ellos patea una piedra que se va golpeteando por la terracería. Cuando la piedra se detiene, todo queda en silencio. Después reanudan la conversación, pero ya no entiendes las palabras.

Con todo el sigilo de que puedes hacer acopio te levantas encorvado y no puedes evitar pisar un brazo de la muerta. Su cuerpo está blando todavía. Casi te disculpas con ella y una risa nerviosa y callada se adueña de ti cuando te das cuenta de lo ridículo que te verías disculpándote con un cadáver. Te controlas para que los policías no descubran que estás a punto de abandonar la patrulla.

Para tu fortuna, tardan en decidir tu destino final y el de la muerta. No se ponen de acuerdo. Es un instante eterno lo que te llevas en bajar sin ruido de la patrulla y, cuando al fin lo consigues, echas a correr. Mientras los policías siguen discutiendo, pensando en lo que más conviene hacer, te fugas, a pesar de estar casi impedido por las esposas que te sujetan las manos a la espalda.

Huyes corriendo desaforado y casi sin respiración. Te alejas perdido en la sombra, sales del camino para que no vean el bulto que eres ni escuchen el leve roce de tus pisadas sobre la terracería. Te ocultas de los policías, de la muerta, de la noche. Te adentras entre matorrales hostiles, ríspidos, espinosos, hasta que descubres un reducto donde supones será difícil que puedan encontrarte, un lugar desde el que puedes observar la patrulla con los faros apagados y los policías intercambiando opiniones, discutiendo, manoteando, decidiendo lo que harán, sin contar con tu fuga todavía.

De pronto parecen sosegar y cada uno se dirige a ocupar el lugar que le corresponde en la patrulla. Ahora sí se han encendido las luces. Pero apenas arrancan, se escuchan gritos tan fuertes que parecen originarse a unos cuantos metros de tu escondite y el vehículo frena con un respingo que se vuelve evidente por la manera en que las luces de los faros delanteros se balancean hacia arriba y hacia abajo, y el camino de terracería se llena de gritos y malas razones de los uniformados.

Las luces de la patrulla se apagan, se oyen dos portazos furibundos y no alcanzas a distinguir dónde se encuentran los policías hasta que cada uno



Secreto III

enciende su linterna de mano. Primero recorren el camino hacia atrás hasta regresar al lugar en que estuvo estacionada la patrulla, y ahí se distribuyen la búsqueda hacia puntos diferentes. No alcanzas a distinguir si cada policía lleva linterna en una mano y arma en la otra. ¿Cuánto dura la búsqueda? ¿Cinco minutos? ¿Quince? ¿Media hora? ¿Unos cuantos lentos y prudentes respiros tuyos?

No puedes saberlo. Lo que notas es que poco a poco las linternas parecen inútiles porque la madrugada va en retirada y la luz del naciente día las anula. Los hombres parecen darse cuenta porque de repente se dirigen a la unidad, la abordan y se desentienden de ti. Respiras aliviado mientras ves el número de la patrulla y tratas de memorizarlo en medio del miedo. No te ha atemorizado tanto la proximidad de la muerte como ver tan cerca tu propia muerte. Jamás habías estado tan cerca de un cadáver ni de morir, y eso te hace temblar a destiempo. Tampoco puedes evitar orinarte, pero no te importa. No hay vergüenza en ti. Sabes que eso tiene solución, pero no la muerte. Qué importan unos pantalones que tarde o temprano se secarán.

Lo que importa por el momento es liberarte de las esposas. Si al menos consiguieras destrabrarlas, cualquier otro problema sería más sencillo de resolver. Las golpeas una y otra vez contra el tronco de un árbol, Intentas violentarlas aplicando toda la fuerza de tus brazos, pero lo único que consigues es lastimarte las muñecas. A medida que forcejeas con el impedimento, pierdes vigor y ganas dolores.

Finalmente intentas pasar tus manos de la espalda al frente. Forcejeas largo rato con el cuerpo entero y, aunque sientes que es un suplicio, no te rindes, no cejas en tu cometido, no te detienes hasta conseguirlo. Aunque las manos continúan esposadas, tenerlas al frente te da mayor movilidad.

Entre los matorrales, te quedas rendido boca arriba, dormido hasta lo más profundo de ti. Como si tu organismo supiera que debes recuperar fuerzas, te deja dormir sin sueños y sin pesadillas. No sabes qué vendrá en seguida. Tampoco te importa saberlo por el momento porque te sientes abrumado por un sopor y un cansancio pesados. Duermes, sólo duermes.

\*\*\*

Este sol que hostiga hasta los huesos, sol de Monterrey que fascina tanto desde la lejanía, te encuentra tendido entre los matorrales y, a fuerza de alumbrar y ensañarse con las partes desnudas de tu cuerpo, acaba por regresarte a la realidad.

Pretendes cubrirte los ojos con las manos, pero lo único que ganas es revivir el dolor en las muñecas y asestarte un golpe imprevisto en la nariz. No más de tres segundos bastan para que, entre el aturdimiento y la sensación de estornudo, te descubras impedido por las esposas, y el vértigo de lo sucedido en la madrugada se te venga encima.

Te encuentras tendido, pero no arrojado como basura, como habrán arrojado en algún lugar a la mujer sin nombre y sin vida. Y así, horizontal, recuerdas lo que alguna vez contó un compañero de la oficina. Su esposa estaba por llegar, así que salió para abrir el portón y notó a varias vecinas cuchicheando en una de las casas frente a la suya. Le llamó la atención que no hablaran en voz alta ni rieran a carcajadas, como de costumbre. Entonces descubrió una tira de color amarillo atada desde un poste hasta un letrero metálico de baja velocidad.

La curiosidad lo encaminó hacia la esquina y alcanzó a ver policías, forenses, patrullas, pero no se detuvo a indagar qué había pasado. Prefirió regresar a la casa y llamar a su esposa para que no llegara por donde siempre, sino por la calle del semáforo. Ella se limitó a decir gracias y, apenas tres minutos después de que colgaron, se estacionó en la cochera, le dio un beso apresurado y se dirigió a grandes zancadas hacia donde se encontraban las vecinas.

Entró a la casa y buscó noticias acerca de la avenida bloqueada, pero ni en radio y ni en televisión las encontró. Ni siquiera de tercera mano. Pudo enterarse hasta que su esposa regresó diciendo que a la vuelta habían encontrado un muerto adentro de una camioneta de doble cabina. El cadáver tenía la cabeza cubierta con una bolsa de plástico y las manos atadas al frente con cinta gris, no igual que tú, que sufres las esposas, pero sigues vivo. Una de las vecinas se asomó al vehículo, encontró el cadáver y denunció el hecho, llegaron más tarde por ella y se la llevaron a declarar sin darle tiempo de cambiar su ropa por una más presentable.

La tarde siguiente, mientras él y su esposa iban al cine, vieron que habían pintado una cruz con cal para marcar el sitio en que estuvo estacionada la camioneta con el cadáver. Encima de la cruz había un botecito con flores que languidecían ya. Al regresar, encontraron una luna llena más benévola que el sol, la cruz de cal medio borrada, las flores desperdigadas por el viento y el bote que las contenía tirado en plena calle, atropellado por algún vehículo. “Lo bueno es que el muerto no alcanzó a apestar”, dijo la esposa cuando llegaron a la casa.

Ahora, tirado entre la maleza, te pones a pensar que antes, frente a cualquier hedor, se decía: “Huele a perro muerto”. Ahora se tiene que decir: “Huele a muerto, huele a muerta o huele a muerte”, según se juzgue más apropiado. Por fortuna tú hueles a sangre seca, a sudor y a tierra, pero nada más. Miras tu pantalón, seco ya, y sonríes.

A raíz del hallazgo, dos días después, la junta de mejoras convocó a los vecinos para proponer que se instalaran casetas de vigilancia, que se cerrara la colonia para que no fueran extraños a tirar más muertos por ahí. Recuerdas como si fuera hoy que te imaginaste un letrero: “Prohibido tirar cadáveres en esta colonia”, pero no se lo dijiste a tu compañero, para que no pensara que te burlabas.

Su esposa les advirtió a los vecinos sobre la inconveniencia de cerrar la colonia: construir casetas de vigilancia, conseguir guardias, pagarles, les traería gastos y problemas. Pero fue en vano. “¿Le gustaría que abandonaran un muerto enfrente de su casa?”, dijo una de las vecinas convencidas y la dejó sin habla.

Si pudieras librarte de las esposas sin lastimarte más... Te quedas en blanco y de pronto te das cuenta de que puedes. Recuerdas vagamente la explicación que viste una vez en internet. Un anillo delgado. No, era más bien un anillo de alambre fino. Pero había otra forma. La que siempre oíste y jamás entendiste. Un incaible. Y era más fácil. Lo viste hacerlo varias veces.

¿Cómo era aquello? Un joven explicaba cómo hacerlo y lo hacía sin pensar que transgredía la ley, pretextando que el conocimiento es para compartirse. Introducía un incaible desdoblado en un canalito del mecanismo, con eso lo destrababa y las esposas se abrían. Parecía algo mágico. Lo hizo al menos cuatro veces. Primero a la vista, con las esposas trabadas encima de una mesa. Y al último las abrió con las manos esposadas a las espaldas, como un juego de niños.

Te miras a través de la modorra y del dolor, y sólo encuentras unas muñecas magulladas y martirizadas de raspones con restos de sangre, y comprendes que será más fácil librarte de las esposas que del dolor y de los raspones. Pero necesitas un incaible y no se te ocurre de dónde puedas sacarlo en este instante. Te incorporas, caminas a orillas de una colonia irreconocible y apartada de Monterrey. El sol cae a plomo y no permite que te orientes. ¿Qué calles son estas en que te adentras? ¿Qué calles son estas sin señalamientos de nombre? ¿Dónde podrías conseguir un incaible en estos parajes? ¿Entrando a una casa? ¿Pidiéndolo?

Aunque no te encontraras tan lejos de la ciudad, no podrías acercarte a una niña, a una joven o a una mujer mayor y despojarla de un incaible, o detenerla y preguntar si podría regalártelo. Lo más seguro es que se alejara asustada, que te viera como se ve a un trastornado o a un impertinente. Y adiós incaible.

Si estuvieras en un lugar poblado, podrías entrar a alguna casa, brincar la barda trasera, forzar una puerta y robarlo en silencio. Te ríes de la situación

que ahora imaginas. A ocho columnas, con letras enormes y rojas, una nota en la sección de policíacas. “Lo consignan por robarse un incaíble”. Nadie dejaría de reírse de ti, serías la burla por convertirte en el ladrón más insignificante de la historia. Te carcajeas pensando en que alguien podría plasmar tu historia en un cuento o en una novela que se llamara El Ladrón de Incaíbles.

Caminas trastabillando más por la risa desatada, incontrolable, que por la debilidad. Es curioso que no sientas hambre porque para esta hora ya has almorzado en cualquier día, sea de trabajo o descanso. Tu hambre es proverbial entre la gente que te conoce. Y si a eso agregas tantas horas sin probar bocado, menos te lo explicas.

Lo que tienes claro es que debes deshacerte de las esposas antes de que alguien te vea con ellas. Te delatará, te rehuirá, se atemorizará por más que te sepas inocente. Nadie es inocente si va solo y esposado. Y si llega el caso de que en lugar de algún civil te encuentre una patrulla, te atraparán sin preguntar siquiera.

Aunque peor que todo eso sería que te toparas con los cuatro policías de anoche, con la patrulla número, número. ¿Qué número era? Recuerdas que lo memorizaste cuando te bajaron anoche en la casa de uno de ellos. Pero por más que te esfuerzas, no lo recuerdas. Tampoco la manera en que relacionaste las cifras para no olvidarlas.

Y si puede haber algo peor que lo peor, algo pésimo, no quieres ni pensar en encontrarte con los tres que abusaron primero de la mujer. No puedes quitarte de la memoria lo que uno de ellos dijo: “¡Vas a ver, cabrón! ¡Al cabo ya sabemos quién eres!”. No quieres pensar en esto porque tendrías que darte por muerto. No entiendes cómo es que uno de ellos dijo saber quién eras y tú no recuerdas haberlo visto antes de toparte anoche con ellos.

¿Qué número era el de la patrulla? Maldita memoria que te abandona cuando más la necesitas. Había un 3, había un 4, había otros dos números. Ojalá y así abandonara la memoria a los siete malditos que abusaron de la mujer y no se acordaran más de ti.

Pero ahora necesitas un incaíble. Darías lo máspreciado que tienes por un incaíble.

\*\*\*

La desesperación te echa sus esposas encima. De esas no hay manera de liberarse. No hay llave para algo que sólo está en tu mente, sólo hierbajos y matorrales secos, capas de polvo encima de ellos, calles sin pavimentar y piedras que nadie ha removido en meses, tal vez en años. Está visto que no has de encontrar con qué cubrirte las esposas. ¡Un trapo! Claro que sí. ¿Cómo no se te habrá ocurrido antes? Te asomas al patio de una casa bardeada y, apenas lo haces, los escandalosos ladridos de un perrazo te arrojan de espaldas al suelo.

Sin salir del susto, te levantas y echas a correr antes de que salgan los dueños de la casa y empeore tu situación. No te detienes hasta llegar a lo que parece un baldío. Te escondes de modo que no te alcancen a ver desde la calle ni desde la casa de enfrente. Respiras despacio, percibes tus labios resecos y una sed sin medida te ataca. Parece que la saliva se te hubiera vuelto polvo.

Te asomas con cuidado y ves una casa sin barda, sin cerca de púas, sin perro que la guarde, sin gente, callada. Hay ahí un tendedero con vestidos, pantalones, playeras, ropa interior de mujer y de hombre, toallas, secadores. Atraviesas la calle, corres sin hacer ruido, entras al patio y arrebatas una toalla. Todavía no deja de balancearse el tendedero cuando das vuelta a la cuadra. Te cubres las esposas como si cargaras algo envuelto en ella.

Ahora la calle es tuya y sabes que nadie te importunará ni sospechará de ti. Tal vez la toalla limpia contraste con tu ropa empolvada, pero es lo de menos. Te sientes a salvo. No encuentras gente por la calle y eso te da una calma que no tenías desde ayer. No ha transcurrido siquiera un día, pero tienes la sensación de que han pasado muchos.

“¿Qué llevas ahí, compa? ¿A quién le bajaste ese regalito?”, dice a tus espaldas una voz aguardentosa. Te detienes tenso, pero al mismo tiempo te da risa que te pregunte así. ¿Regalito esta toalla? Casi echas a reír. “Te estoy hablando, compa, no me tires a león”, dice la voz, más contundente. “¿Regalito esta pinche toalla?”, dices al darte vuelta y enfrenar al que pregunta a tus espaldas.

“No te hagas pendejo. No estoy hablando de la



Flor del trópico i

toalla sino de lo que llevas en ella”, dice el hombre. Lo observas con detenimiento. Barba crecida y descuidada, ropa sucia y apestosa por falta de cambio, rostro y brazos renegridos por desaseo de meses, zapatos plagados de hendiduras y pies resecos con plastas de mugre. No sabes si huir de él o enfrentarlo.

Antes de que tomes una decisión, el hombre te despoja de la toalla, la sacude y, al notar que nada ha caído de ella, la extiende y la examina por un lado y por el otro. Si te lo contara otra persona o estuvieras en otras circunstancias reirías sin tapujos ante su perplejidad. Te mira a los ojos y le sonríes. “La toalla es tuya. Si crees que es un regalito, quédate con ella”. Te sostiene la mirada, se ve molesto por el chasco. “Tú traías algo”, dice con rencor, “¿dónde lo escondiste?”. Intentas hacer un ademán con las manos queriéndole mostrar que no traías más que la toalla. Te sorprende reencontrarte con las esposas. Casi te habías olvidado de ellas.

Al verlas en tus muñecas, el rostro del hombre parece sombrío, pero luego se ilumina codicioso. “Mira nada más. Lo que siempre quise tener”, dice mostrando una sonrisa desdentada. “Si me las quitas ahora, son tuyas”. “¿De veras no las quieres?”, dice con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creerlo.

El hombre, que ahora notas con carnes casi pegadas al hueso, se rasca la cabeza, se te acerca: “Tampoco soy mago como para quitártelas con un pase de manos y unas palabras misteriosas. Necesito algo para abrirlas”. Se queda pensando, camina de un lado a otro. Sonríes al notar que tu desesperación se ha ido. Ahora el problema es suyo.

No sabes de dónde ha sacado un picahielos. ¿Qué va a hacer? Vuelves a ponerte en alerta, a alejarte del hombre. “No es para picarte: es para abrir esas madres”. Vuelves a confiar. El hombre se acerca, te toma de las muñecas y empieza a mover y remover en el canalillo de las esposas, sin conseguir su cometido. El hedor de su ropa, de su persona toda, es insoportable, pero es tu única esperanza.

“Espérame aquí. Ten, ponte la toalla. Siéntate en una banca de en medio de la plaza para que la gente no te vea esposado”, te dice y hasta ahora reparas en que están en la banqueta de una plaza. Buscas la banca menos soleada y te quedas repasando lo sucedido desde anoche, pero te adormeces y no sabes en qué momento regresa el hombre que pretende liberarte hasta que llega a tu nariz el hedor de hedores y la toalla vuela de tus manos.

Cuando abres los ojos, el hombre hurga ya con un incaible en el canalillo de las esposas. Por fortuna no tarda ni diez segundos en abrir cada una. “Listo, compa. Como ya habíamos quedado, estas madres son mías”. Y te deja sentado en medio de la plaza. Libre por completo.

Pero recuerdas a los tres violadores y a los cuatro policías que sabes te van a inculpar y te diriges a la avenida más cercana. ¿Dónde estás? Te acercas a un señalamiento y tras ver pasar el camión urbano lees el nombre de la calle. ¿Qué extraño lugar es éste para que una calle se llame como tú? Te acercas a una joven para preguntárselo, pero se escabulle por una calle lateral.

Ves llegar a una parada de camión a una mujer regordeta, te le acercas y no rehúye tu presencia. “Disculpe, ¿qué colonia es esta?”, le dices. Y ella, hosca, como si le acabaras de hacer una proposición indecorosa, contesta: “Real de San Miguel”. Sin inmutarte preguntas qué camión te lleva al centro de Monterrey. “Ese que viene allá”, contesta en el mismo tono que usó antes.

Le hacen la parada al camión y suben. Le dices al conductor que te asaltaron y no tienes dinero, le suplicas para que te lleve sin pagar. “Pásale”, dice

y te deshaces en agradecimientos mientras avanzas por el pasillo. Para evitar que te sientes junto a ella, la mujer coloca su bolsa en el asiento aledaño. Al verte pasar, le hace lugar a un joven, y voltea a verte de reojo con hostilidad. Tiene razón de verte así. Debes oler mal en verdad.

El sol está por ocultarse. Te quedas dormido. ¿Cuánto tiempo?, no lo sabes. Despiertas cuando la voz del operador te dice: “Hasta aquí llego, compa”. Es de noche y no sabes dónde estás. Al menos ya no vas esposado.



Num. I de la serie laberintos